

629-33

E N R I Q U E B U N S T E R

**La primera
noche galante**

E D I T O R I A L N A S C I M E N T O

ENRIQUE BUNSTER

La primera noche galante

Cuentos para una tarde de Domingo

EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO

CHILE

1933

N.º 1292

Impreso en los Talleres de
la Editorial Nascimento,
= Ahumada 125 =
Santiago de Chile, 1933



Félano
932

A Daniel de la Vega,
de quien recibí un estímulo
decisivo.

E. B.

LA PRIMERA NOCHE
GALANTE



I

Las parejas de disfrazados, moviéndose al compás de la música, formaban un verdadero oleaje multicolor; un oleaje que se agitaba, que murmuraba, que reía.

Por en medio del gentío girábamos yo y ella estrechamente unidos; ella: pequeñita, vivaracha, vestida con las ropas sugestivas de una gitana; yo: alegre, casi borracho, nadando en un pierrot descomunal, de inmensos pantalones que barrían el suelo.

Los vapores del alcohol, a los que se unían la bulla y las voces, sumíanme en un ambiente de letargo. Mi cabeza pensaba con dificultad, tardíamente, y mis pies parecía que pisaban en alfombras mullidas o sobre capas de algodones. No me ocupaba de nada como no fuera de seguir la corriente, ni eran formales ni concretas mis ideas; pero

ENRIQUE BUNSTER

a ratos, dentro de este estado nebuloso, experimentaba notables reacciones y entonces lo veía todo de una manera clara, nítida, como cuando recién se despierta. Me fijaba en cosas insignificantes, que en otras circunstancias no me hubieran llamado la atención, y me hacía en torno suyo largas y precisas consideraciones. Pero estos períodos de lucidez eran breves; mi mente se entorpecía pronto y volvía todo mi ser a insensibilizarse. De nuevo dejaba de pensar, y las personas y las cosas que me rodeaban se hacían confusas, se embrollaban entre sí, convirtiéndose en una sola cosa enorme y bulliciosa, de color indefinido, que lo llenaba todo.

* * *

Había conocido a mi compañera hacía sólo unos momentos, y ya bailábamos como amigos de siempre, riendo y bromeando bajo las estrellas.

Poseía una extraña belleza; una belleza

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

sencilla, casi humilde, pero de gran fuerza atractiva. Su cara era pequeña, redonda y tenía el encanto de la palidez. Era respingada su nariz, roja su boca, oscuras sus pestañas. No tenía antifaz. Imagináos una modistilla, una jovencita de suburbio; una niña, en fin, como las que hacen de heroínas en los sueños de la juventud, y tendréis su figura aproximada.

Mirando esta cara graciosa e insinuante, yo sentía algo nuevo en mí; algo grande, grande, que se experimenta quizá una vez en toda la vida. Hasta entonces había admirado a las mujeres desde lejos; apenas si conocía su perfume. Esta era la primera que se estrechaba contra mí; la primera que me sonreía rozándome con sus cabellos; la primera que me comunicaba el calor de su cuerpo y la blandura de su pecho.

Entregábarne a ella poseído de un entusiasmo loco. Lanzaba carcajadas sin motivo, coreaba a la banda en francés y me portaba exquisitamente fino con aquellos a quienes pisaba o empujaba. Por su parte, el vienteillo de la Primavera me traía una auda-

ENRIQUE BUNSTER

cia y una locuacidad que me convertían en un hombre poderoso, invencible, capaz de todo. Sentía el deseo de hacer algo notable y descabellado que me ungiera el héroe, el campeón de la fiesta. Hubiera dirigido la batuta, pedido un ¡hurrah! por todas las mujeres, o subídoma a la mesa del *buffet* y gritado: «¡Señores: la vida es hermosa! ¡Riamos, gocemos, emborrachémonos!...».

Pero había, sin embargo, algo que me preocupaba, y era que yo no había dado nunca un paso de baile y temía echarlo todo a perder. Movía mis pies con sumo tacto, casi con arte, y me servía de la misma apretura para no desviarme más de lo prudente. Trataba, al mismo tiempo, de disimular mi torpeza con razones como ésta: «Por lo menos hay aquí tres mil personas. ¡Imposible bailar correctamente!».

Mas estos temores se desvanecían pronto. El alcohol subía en oleadas en mi cerebro, y con él me venía nueva confianza, nueva alegría. Volvía a no pensar en nada y me limitaba a reir y a cantar, como si

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

no hubiera en el mundo otra cosa que hacer.

Por momentos, cuando recobraba mi lucidez, la hablaba al oído y, pegando mi cara a su cabellera, hacía como que viajaba hacia unas ignoradas maravillas.

II

Apoyados en la baranda que circunda la terraza, miramos largo rato hacia lo lejos, y nuestros ojos vagaron por la ciudad dormida, con sus calles desiertas y sus luces que se extraviaban en la distancia.

Ella se había acomodado los cabellos en tal forma que sus orejas,—pequeñas orejitas lívidas,—quedaban desnudas. Fumaba de una manera encantadora: se atragantaba, tosía y se quitaba con sus uñas esmaltadas las hebras que quedaban en sus labios.

—La fiesta de la Primavera debía repetirse todas las noches,—dije yo, mirándola emocionado.

ENRIQUE BUNSTER

—¿Sí?, —preguntó vivamente. —¿Y por qué?

—¿Pregunta usted por qué?. . . ¿No encuentra admirable todo esto?

—Admirable, si. Pero. . . . todas las noches. . . .

—¡Todas las noches! Nadie ríe, nadie corre aventuras. ¡Debía atacarnos una epidemia, una fiebre de diversiones, pero algo tremendo, salvaje!

Esto la hizo mucha gracia. Sus ojos verdes, no muy grandes pero expresivos, se posaron en los míos, y sus cejas sin retoque se alzaron un poco.

—¡Jesús! ¡Quiere usted perder los estribos!

—¡Eso es! Pero es necesario que todos los perdamos. ¡Parecemos unos viejos!

—Los viejos. . . —murmuró,—¿Es que no quiere usted a los viejos? . . . Los abuelitos saben mucho, mucho, y no aconsejan hacer locuras.

—¡Tonterías!, —exclamé, fogoso. —Los abuelitos son ridículos. Aconsejan la prudencia y otras cosas nada más que porque están agotados, porque no tienen ya fuerzas,

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

porque ya no sirven. Si pudieran, trasnocharían y se emborracharían como nosotros.

Iba a seguir, cuando me detuve. La miré muy de cerca, cara a cara, y la dije luego, como si alguien me lo dictase:

—Tiene usted una nariz espeluznante.

Este cambio tan repentino debió impresionarla, a juzgar por el gesto que animó su rostro.

—¿Mi nariz es cómo?...

—Espeluznante.

—¿Espeluz... luznante? ¿Qué es eso?

—Eso significa que su nariz merece un mordisco. ¿Hará mal comer nariz después del licor?

—¡Quién sabe!, —dijo riendo. —Eso no lo sé. Lo que está bien claro es que estuvo usted un buen rato en el *buffet*...

El tiempo, entre tanto, transcurría velozmente. Miré mi reloj y ví que eran las doce y media. Un momento después, —nada más que un momento, —flotaron en el aire dos graves campanadas.

III

De nuevo bailábamos.

Yo había dejado mi entusiasmo del comienzo por una verbosidad casi seria, aunque vehemente. Mientras mis pies se movían a su antojo, entregábame a largos y desordenados monólogos. Hablaba con vigor, atropellándome, como si tuviera mil cosas trascendentales que decir y dispusiera para ello de unos pocos minutos. Al hacerlo fijaba mi vista en la cara de la gitana, hasta casi tocar su frente con la mía; pero... no la veía sino a medias.

«¿Estoy o no en mis cinco sentidos?, —pensé. —¡Extraño caso: ni siquiera puedo saberlo!».

Los ruidos, —voces, risas, música, —venían como de lejos, de muy lejos. Oíalo todo y hasta podía, a veces, distinguir los tonos más altos de los más bajos; pero en general mi aparato auditivo recibía el bullicio de una

manera torpe y confusa, cual si el mundo estuviera con sordina.

De pronto oí su voz, clara y distinta, protestar con energía:

—¡Cuidado, qué se imagina! ¡No vuelva usted a besarme!

Esto me produjo un raro efecto.

—Como si alguien te hubiera besado, —la dije riendo.

—¡Cínico!, —exclamó. —¡Y se queda tan tranquilo!

No pude menos que alzar mi risa. Pero luego, al llevarme un dedo a la boca, comprobé que hablaba con razón. Mi dedo salía untado de colorete.

«Es gracioso, —pensé. —Hubiera jurado que lo del beso era una fantasía».

En realidad, todavía me resistía a creer que hubiera obrado inconscientemente. Pero luego no me cupieron dudas, al oír de nuevo su voz:

—¡Y qué sé yo del cáncer y del Panteón Literario?...

La estaba hablando las cosas más disparatadas.

Pero por un momento mis sentidos recuperaron su agudeza, y todo se hizo claro a mi alrededor. Los colores recobraron sus matices; los rostros se iluminaron cual si manos invisibles los retocasen; y la brisa nocturna, fresca y acariciante, entró con fuerza en mis pulmones. Entonces me invadió de nuevo aquella alegría y aquella audacia de hacía tres horas, y noté que un cariño y una simpatía inmensas hacia la chiquilla se despertaban en mí. Luego no hallé qué hacer con este sentimiento, y me desahugué diciéndoselo todo:

—¿Sabes tú una cosa? ¡Me gustas bárbaramente! ¡Me gustas como un diablo! ¡Ninguna mujer podría nunca gustarme así!

Ella se puso seria, pensativa. De súbito rió con gana, como una chicuela. Y yo reí también, aunque más sonoramente, como ríen los lunáticos.

IV

Tarde ya, cuando algunas parejas descendían las escalinatas y sonaban abajo los automóviles que se iban, nos acercamos al *buffet*. La ofrecí bollitos, y yo —¡cuánto habría de lamentarlo! —bebí una vez más.

.....

V

—Vaya y dígales a los músicos que toquen «Noche negra», —me dijo.

Obedecí y, tambaleándome, fuí donde éstos.

—Amigos míos,— les dije a los músicos: —la mujer más encantadora de nuestro Hemisferio quiere bailar al son de «Noche negra». ¡Háganme, pues, el favor de tocarla!

Ellos obedecieron a su vez, y yo volví donde mi compañera. Pero ¿qué creéis que sucedió?... ¡Ella no estaba allí!

Esto fué inesperado y violento como un puñetazo a traición. No podía creerlo. Giré sobre mi mismo y miré en todas direcciones: junto a mí y hacia más lejos; pero no la ví en parte alguna. Vacilando sobre mis piernas, contenido el aliento, me moví a todos lados. Fuí hasta la barandilla, hasta el *buffet*, hasta el centro de la terraza... Pero en vano.

Me hallaba ya en un estado de semi idiotez; mis pensamientos no eran sino una madeja de incoherencias. Dije dos veces: «Locomotora, locomotora», y después me pregunté cuál sería mi décimo cuarto apellido.

A mi alrededor danzaban todos los colores imaginables y se bamboleaban las bujías del mundo entero, a tiempo que en mis oídos sonaba otra vez aquel gran ruido sordo. Pero en medio de este caos, algo se destacaba con nitidez abrumadora, como los caracteres trazados a tiza en fondo negro: la idea de encontrarla.

«¿Dónde se ha metido? ¿Dónde puede estar?, —me dije, tirando el antifaz. —¡Hay que dar con ella!».

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

Pero ¿cómo? ¿de qué manera? Mi vista vagaba por sobre las personas y las cosas sin hallarla nunca. Las colombinas y los payasos, los dominós y las holandesitas giraban sobre las baldosas y se alejaban en seguida, reemplazándoles otros y otras en eterna sucesión. Allí no había gitanas.

«¿En qué parte se ha metido?», —me preguntaba con angustia.

Caminaba y retrocedía, enredándome en mis pantalonazos. Para no caer debía apoyarme en los hombros y en las espaldas de los que bailaban. A veces tocaba descotes blandos y tibios, suaves como la felpa, y oía luego las protestas de las mujeres. Sentía que me empujaban, que me tiraban de un lado para otro y que pies pesados y duros se posaban sobre los míos. Pero no experimentaba dolor alguno; ¡era tan grave, tan urgente lo otro!

Descargué un puñetazo intempestivo contra el tongo, que se sumió hasta abrirme las orejas, y me planté en medio del gentío. Miré después hacia el este, de donde venía

la brisa perfumada por los árboles de la cima. Y pensé fríamente:

«Acaso se haya ofendido con alguno de mis disparates. Nada de raro que, sin darme cuenta, la haya dicho algo grosero, ofensivo... ¡Ah, si volviera! La daría todas las excusas; la confesaría que soy un inexperto; la haría ver que es necesario perdonarme. Y también la diría algunas cosas cariñosas, que la emocionaran, y la juraría buen comportamiento...».

La idea de que no volvería a encontrarla me parecía inhumana. Quería desecharla, no hacerla caso. Pero no lo lograba. La realidad se perfilaba nítida y contundente, y me hería como un arma a la que no es posible esquivar.

Siempre sonaba un mar de carcajadas, y por entre los acordes de «Noche negra», —¡repetían aquello una y otra vez!, —escurríanse unas voces locas de alegría. ¡Cómo odiaba yo esta alegría! Se me hacía egoísta y perversa y pensaba que con ella se burlaban de mi desastre, de mi borrachera, de mi figura ridícula. Sentía que empezaba a des-

preciarlos a todos, a todos, aún a los que estaban lejos de allí...

—¡Eh, Jorge...! —me dijo una voz conocida.

Me volví y divisé, cerca de mí, a un compañero de curso.

—¡Si!, —le grité. —¡Aquí estoy!

Y me lancé a empellones hacia él, nadando entre los trapos carnavalescos.

—¡Ayúdame a buscarla!, —vociferaba, poniendo mis manos a manera de megáfono. —¡Ayúdame; hay que encontrarla! ¡Me encantaba y se ha ido! ¡Oye: escucha...!

Pero mi amigo no me escuchaba. Abrazado a una *Pompadour* se había ido alejando, hasta desaparecer.

Quedé parado, casi inmóvil, como un autómatas al que se le va acabando la cuerda. Después comencé a caminar de nuevo, sin rumbo ni pensamientos.

Me encontré junto al mesón del *buffet*. Los mozos se movían y levantaban sus manos ora con botellas, ora con bandejas de golosinas. Miré a uno tranquilamente, sonriéndole, y le dije con calma, como deletreando:

—Eres enorme y robusto, amigo mío.
¡Buena raza la nuestra!

Más tarde, sin saber cómo, me hallé al lado del palco musical, con el tongo abollado en la mano y un pie sobre el borde de la tarima. Los músicos manejaban con cansancio sus instrumentos, ejecutando algo incomprensible para mí. El del saxófono, un hombre de carrillos poderosos, me pareció sugestivo, y le dirigí la palabra:

—Dígame: ¿es usted de Antofagasta?

Me miró con cara indefinida, sin despegar los labios.

—Tiene usted aspecto de ser de Antofagasta, —díjele entonces.

Esto le molestó; frunció el ceño y dijo:

—¡Cuidado, que debo tocar en esta parte!

—¡Bueno!, —respondí. —Que sea usted de Antofagasta o de donde mejor le parezca. Diga, por ejemplo, que es de Curepto, y a nadie se le ocurrirá discutirle. ¡De Curepto, eso es! ¡Adiós!

Ignoro lo que sucedió por el resto de la noche.

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

VI

Desperté al ruido de un portazo violento, y mientras me desperezaba sobre las almohadas, oí una voz ronca y familiar que rugía junto a mí:

—¡Lo que ha pasado anoche no tiene calificativo!... ¿Dónde se ha visto que un mequetrefe llegue a casa a las cinco de la mañana, despertando al vecindario?... ¡Esto es inaudito! ¡Has entrado golpeando las escaleras, emprendiéndolas contra las puertas y aún quebrando los cristales! ¡Rompieste un jarrón, ensuciaste la alfombra! ¡Y todavía gritabas, aullabas y llamabas a voces a una gitana!... ¿Estamos aquí en un potrero, o en una casa de maniáticos? ¡Y hay acaso gitanas aquí?...



UNA PAREJA
SUGESTIVA

I

La única mesa desocupada del Café fué tomada por una pareja muy sugestiva, verdaderamente sugestiva.

Ella era chiquita, morena, coqueta, y lucía una ropa ligera y graciosa como ella misma.

El era un alemán inmenso y rojo, de unos sesenta años de edad; un alemán legítimo e incuestionable.

No bien se sentaron, me puse a examinarles atentamente, y me hice esta pregunta: «¿Qué relaciones habrá entre ambos?».

Por de pronto, ella sería una modistilla, una empleadita de Correos o de algún baratillo de los pasajes del centro.

El,—casi no me cabía duda,—debía ser el subjefe de un comercio alemán, o simple-

mente un profesor de la lengua y la historia alemanas.

Esto parecía claro. Pero ¿qué cosa los ligaba? ¿por qué estaban ahí juntos? Tal era la cuestión.

«¿Será ella hija de él?, —me preguntaba yo; y al instante me respondía: —Imposible. No puede suponerse que un alemán tan grande y tan colorado sea el autor de una criatura que se le parece tan poco.

«¿Serán tío y sobrina? ¿Acaso no puede un berlinés tener descendencia o parentela chilena?... No; no es probable.

«¿Jefe él y subalterna ella?... Tampoco. No se acostumbra entre nosotros que los jefes lleven a sus empleadas al Café».

Poco a poco me iba obsesionando; sentía que una fuerza íntima me impulsaba a despejar esta incógnita.

Entre mi mesa y la suya había una escasa distancia, de suerte que podía observar el menor de sus ademanes.

La chica se movía sin cesar: tragaba pastelillos, se acomodaba el descote y se inspeccionaba en el espejo inmediato.

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

Sentado a su lado, —no al frente sino a su lado, —veíase al viejo, muy tieso y muy grave, engullir panes de dulce.

Y he aquí lo más extraño: casi no se hablaban. Ella decía una que otra palabra a media voz, y él respondía con asentimientos de cabeza, abriendo la boca sólo para comer.

«Si fuera su padre o su tío, —pensaba yo, —se portaría más atento y afable, porque es de suponer que así proceden en estas circunstancias los padres y los tíos. Lo mismo si fuera su jefe. No digo yo que los jefes se lleven bromitas con sus subalternas; pero si van con ellas al Café las hablarán siquiera...».

Era día sábado, y yo tenía veinte años. A ratos suprimía mentalmente al alemán y me colocaba en su lugar (en la silla de enfrente, no en la de al lado). ¡Qué distinta era entonces la escena! Había allí risas y ocurrencias, verdadera bulla, verdadero desorden y, junto con ello, un flirteo maravilloso.

Pero esto ¡ah mundo opaco! no era más

que una ficción. La realidad alzábase ante mí como una muralla inexpugnable.

Antes de mucho, el germano se me fué haciendo antipático. Bien sabía yo que sólo él tenía derechos sobre la moza y que yo no era sino un extraño y quizá un intruso. Pero ya he dicho que era día sábado y que yo tenía veinte años... Si alguna vez habéis tenido veinte años en día sábado, me entenderéis mejor. Entonces no se piensa más que en divertirse, en saborear emociones nuevas, sensaciones desconocidas. La imaginación elabora mundos admirables, y allí donde hay algo que se presenta como una charada, forja cosas fantásticas, que deseáramos experimentar.

Simplemente yo no me explicaba cómo aquel mulo podía estarse tan tieso ante una Evita semejante. Descartadas las hipótesis de que fuera su padre, su tío, etc., no encontraba ninguna pregunta que hacerme, y el misterio se volvía más obscuro y más obscuro.

II

Serían las cinco y media de la tarde cuando salieron del salón.

En esos momentos la orquesta tocaba una marcha italiana, y al ver al gigante rojo avanzando por entre los parroquianos pequeños y encorvados, hubiérase dicho que hacía una salida triunfal y que los músicos ejecutaban sólo para él, para solemnizar su gran salida.

A su lado, breve y dócil, la morenilla iba como una mascota o un juguete; algo que él podía quebrar con una sola de sus manazas.

Un impulso bien explicable me hizo pagar a prisa y salir detrás.

Se detuvieron un poco en la vereda, inmóviles y mudos; luego el sesentón tocó a la pequeña en el codo, y echaron a andar hacia Delicias.

Ahumada parecía un escenario apropiado con su gentío y sus propagandas eléctricas:

Namur...

Odeón...

Gin Seager...

Nirvana...

Yo caminaba a diez pasos de la pareja, y mi vista no la dejaba un instante. Iba atento sólo a seguirles, tanto así que regalaba codazos y empujones cuando alguien se me interponía.

Impulsábame una curiosidad satánica; ni siquiera llevaba un plan definido. Iría simplemente a su siga y les escoltaría aunque llegasen al Africa.

Caminaban con lentitud, sin la menor prisa, cual si tuvieran toda la vida para caminar.

Contra lo que es corriente ver, iban separados por un buen espacio, y el viejo tranquieaba por el lado de adentro, casi rozando los escaparates.

Y seguían sin hablarse, como si no se importasen lo más mínimo el uno al otro. Ella miraba a ambos lados, husmeando con su naricilla; él escudriñaba a un punto lejano,

orgullosa el pecho, alta e imponente la cabeza.

Así, doblaron en Delicias y entraron en San Diego, cuyos altoparlantes me gritaban al pasar:

—¡Señora! ¡Si quiere usted aparecer garbosa como una reina, use las inimitables fajas X...!

—¡Ahora es cuando debe usted adquirir nuestros casimires! ¡La mejor calidad unida al más bajo precio!

—¡A pedido de varias auditoras, la señorita Zoraida va a cantar «Alegre mañanita»!

El viejo, indiferente a cuanto le rodeaba, había sacado un periódico, y, sin dejar su estiramiento, se sumía en su lectura.

Con esto, la pequeña quedó relegada, olvidada, como si no tuvieran nada que ver entre sí.

«Un elefante será siempre un elefante», —pensé.

Muy inquieto, encendí un pitillo, —el pitillo que se chupa en los grandes momentos, —y lo volví humo en menos de una cuadra.

ENRIQUE BUNSTER

De pronto ví que se detenían ante una casa de dos pisos.

Entonces apuré el paso, casi corrí para no perderlos de vista.

Cuando llegué cerca de la casa, —una casa vieja, de frontis vulgar, —ya habían entrado. Los ví pisar los peldaños de la escala y alcancé a percibir una risa del alemán, la única risa que jamás le oyera. La madera desnuda crujía bajo sus pies. Arriba todo estaba a media luz.

Pero estos detalles no se mantuvieron por mucho tiempo en mi atención. Ahora mis ojos, abiertos hasta donde es posible, estaban clavados en los caracteres negros y casi solemnes del bronce de la entrada: Hotel Nueva York.

EL NOBLE SACRIFICIO DE HORTENSIA LIVINGSTON

(ENSAYO DE LITERATURA PARA EL GRUESO PÚBLICO)

Hortensia Livingston, dulce y buenísima niña que desde la muerte de sus padres vivía con su tía Narcisa en un chalet de la orilla del mar, paseábase aquella tarde por la playa sin otra compañía que sus pensamientos. Una extraña inquietud la embargaba hasta el punto de empalidecer su carita de ordinario sonrosada.

«No sé por qué, —se dijo, deteniéndose ante una roca, —no sé por qué se me ocurre que hoy es un día de sorpresas, de emociones, de choques imprevistos. ¡Bien conozco que estoy lejos de las acechanzas del mundo; pero, así y todo, algo me dice que esta tarde va a sucederme una cosa decisiva, una cosa que puede influir en mi destino!... Dios mío: ¿qué haría, en ese trance, mi tierno corazón?».

No acababa de formularse estas palabras, cuando vió aparecer a poca distancia un

alazán que, entre nubes de polvo, traía caballero a alguien que parecía apuesto y discreto.

El resuello de la joven se alteró súbitamente, y sus frágiles manitas semejantes a dos palomas inmaculadas, se juntaron sobre su pecho en un ademán de instintiva defensa.

De pronto dejó escapar una exclamación: —¡Oh, qué ven mis ojos!... ¡No es Esteban, el poeta de mi primer amor, quien viene hacia mí?...

Quedóse inmóvil y perpleja, mirando cómo el alazán y su jinete devoraban la distancia.

Cuando estaban a cien pasos y eran visibles los rasgos del que venía, se sintió estremecer al extremo de que creyó que caería inerte sobre la arena.

«¡Dios del cielo!,— se dijo. —¡Es él: Esteban Oteiza, el autor de aquel poema que comienza: *Algún día en ignotos parajes he de adorarte sin testigos*; el que me amó tan desinteresadamente en mi época del despertar a la vida... ¡A qué viene en mi busca? ¡Qué

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

espera ya de mí? ¿Acaso pretende hacerme nuevas protestas de su entrañable afecto?... ¡Oh, que desazonada estoy!».

Hubiera querido alejarse, ocultarse detrás de las rocas; pero el visitante, veloz como el rayo, estaba ya a su lado, saltando de la bestia y descubriéndose con respeto.

—¡Hortensia: dichosos mis ojos que os encuentran al fin!

Oyendo sus emocionadas palabras, la niña comprendió que era inútil la retirada. El destino ordenaba que se cumpliera la profecía del antiguo poema.

—Aquí me tenéis, amigo mío, —balbució ruborosa e indecisa. —Y a vos ¿qué os trae por estas latitudes?

—¿Qué, si no el amor que me inspiráis?, —respondió presto el poeta.

—Luego ¿insistís aún?...

—Hasta la muerte, divina Hortensia. ¡No os he dicho cuán grande y sublime es el aprecio que os profeso!

—Sois constante, Esteban.

—¡Ah, Hortensia: veo que os hacéis cargo! Mirad: he galopado con tres soles y tres

lunas, venciendo vientos hostiles y dejando a mis espaldas dos feraces provincias para dar con vos. Podéis juzgar si ello solo no es ya un testimonio de mi cariño.

Hortensia sintió que estaba a punto de sollozar, e hizo grandes esfuerzos para evitarlo.

—Sois constante, os lo repito, —murmuró con profunda emoción. —Sin embargo, buen amigo, me hallo imposibilitada para acoger los cumplidos que vuestra pasión os dicta. Oídme: no quiero amar.

Esteban dió un paso atrás y se llevó una mano al corazón.

—¿Qué decís? ¿Que no queréis amar?... ¡A fe mía que no os comprendo!

—Debéis procurar comprenderme. Hon-
das razones me mueven a dejar los humanos
goces. El desengaño y el excepticismo han
hecho presa en mí, y mi alma dolorida pide
a mi cuerpo que la lleve a las soledades, a los
sitios a donde sólo llegan las voces de la na-
turaleza. Esteban: si ayer amé el amor y
quise el querer, hoy deseo no desear y pido
que nadie me pida. Estas son mis palabras.

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

—¿Todo es, entonces, inútil?, —preguntó el desdichado Esteban.

—Así lo creo, —repuso la joven mirando la lejanía. —Es vano ansiar, es vano ilusionarse.

—¿Queréis decir con ello que el cariño que otro tiempo me profesaste ha muerto para siempre?...

—¡Oh, no! Es preciso que me explique. El aprecio con que os distingo no morirá jamás; sólo ha acabado el amor... Si mi amistad no os resulta ingrata, aceptadme como compañera de paseos y conversaciones. Contad conmigo para ello sólo.

—¡Sea! La amistad más pura ocupará el lugar de la pasión. He aquí mi mano; poned en ella la vuestra tibia y pequeña.

—Aquí la tenéis, Esteban. Soy desde ahora la amiga de un amigo.

Profundamente conmovidos, echaron a andar por entre las rocas. Hortensia había cerrado su sombrilla, dejando su cabellera de largos bucles expuesta a la brisa del atardecer; y Esteban, olvidándose de su bestia, caminaba a su lado aspirando su perfume

lleno de misterios. No se hablaban. ¿Para qué expresarse con la voz cuando las miradas dicen tantas cosas? Y, lo que es más, ¿para qué apurar el cáliz de la amargura cuando aún no cicatrizan las viejas heridas?

Así marchaban, hollando con sus pies la playa poetizada por el murmullo del océano y los trinos de los pajarillos, cuando sucedió la cosa más extraordinaria. Vieron aparecer, allá lejos, un automóvil que corría hacia ellos con velocidad nunca vista y rugidos nunca escuchados.

«¿Quién es aquél o aquéllos que vienen? —pensó la niña, sintiendo que la sangre se le helaba. —Algo que es como un presentimiento me dice que el que allí se destaca es el mismísimo Rigoberto, el noble muchacho deportista que un día puso a mis pies su corazón. . . ¡Oh inteligencia, ilumíname para salir airosa de este trance tan difícil!».

Antes de que pudiera agregar nada más, el bólido mecánico se hallaba a un paso de la pareja, rugiente todavía su motor, y envuelto todo él en densa polvareda.

«¡Es él, es él!, —se dijo trémula. —¿Qué

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

haré ahora, en respuesta a sus solicitudes?... Me someto, en fin, al destino. Tendrá éste sus motivos para mandarme esta prueba».

Rigoberto saltó del coche y fué a su encuentro en desenvueltos ademanes, a tiempo que se quitaba su gorra y sus anteojos de turismo.

—¡Qué veo! ¡Hortensia?... ¡Gran dicha la mía!, —comenzó con entusiasmo.

—Aquí me halláis, oculta al mundo, —dijo la niña, de nuevo ruborizada. —Y a vos ¿qué os trae por estos lados?

—Pues, lo de siempre... Pero ¿y este caballero?... ¿Es acaso un amigo vuestro?

La muchacha miró al poeta interrogándole con los ojos, y luego, rehecha de la sorpresa, contestó:

—En efecto: es un amigo, un buen amigo.

—¡A vuestras órdenes!, —dijo Rigoberto tendiéndole su mano.

—¡A las vuestras!, —respondió Esteban al momento.

Pero, pese a las apariencias, cambiaron una ojeada fugaz y escrutadora. La barbi-lla del deportista tembló rápidamente, en

cuanto a Esteban, no pudo menos de estre-
mecerse.

—En fin, —dijo el recién llegado tras
mucho vacilar; —lo que he venido a deciros
¡oh Hortensia! quisiera yo formularlo en lugar
solitario; mas siendo el señor un amigo de
vuestra confianza, puedo alzar mi voz amo-
rosa hallándose él a nuestro lado.

Esteban contrajo sus mandíbulas y avanzó
un paso adelante.

—Caballero, —dijo solemne; —podéis tra-
tar ante mí todos los asuntos que a vuestra
competencia conciernan, siempre que no
sea éste: el amor.

—No os entiendo, —declaró el deportista.

—Pues, en tal caso, procuraré ser más
explícito. Oídme: esta niña a quien dirigís
vuestro saludo tan amable y vuestras son-
risas tan prometedoras, es hoy escéptica y
no gusta del amor. Inoportuno seríais si le
tocases este punto; ahora y siempre.

—¡Valiente advertencia!, —dijo sarcástico
Rigoberto. Tales consejos vendrían muy bien
a uno de tantos mendicantes del cariño;
pero ya puedo yo informaros de quién soy.

¡Ja, ja, ja!... ¿Qué os parece, suave niña? Es gracioso ¿verdad?

La señorita Livingston movió la cabeza en triste signo negativo y dejó caer sus brazos a lo largo de su pollera.

—Mucho lamento no poder asentir a lo que decís, —murmuró. —Habla Esteban con razón cuando me llama escéptica... ¡Oh, Rigoberto: no quiero amar, no quiero amar! ¡Todo aquello es espejismo y vanidad!

El automovilista expresó un desaliento como nunca lo tuvo hombre alguno.

—¿De manera que nada tiene valor a vuestros ojos? ¿Todo es, pues, cosa del pasado?

—Vos lo decís, Rigoberto. Mis oídos son sordos a las protestas del amor.

—¡Es atroz, Hortensia! ¡Hacéos cargo de lo que ello significa!

—No toquemos, os lo pido, este punto sensible. Es preciso rendirse a las circunstancias... Escuchadme, caro Rigoberto: os propongo lo que a este digno joven he propuesto: dadme vuestra amistad en vez de vuestra pasión. El lo ha aceptado, y con

ello me hace feliz. ¿No podéis vos imitarle?

—Hortensia: si en ello va vuestra dicha, resuelto estoy a hacer cuánto ordenéis. Soy, desde ahora, un tu simple amigo. He aquí mi mano; dadme la vuestra.

—Aquí la tenéis, —concluyó la muchacha, —estrechadla con esa tan fuerte y varonil que os distingue. Nuestra amistad será eterna.

Reconocidísimos, se pusieron en marcha todos tres, sorteando los accidentes del terreno. Hortensia iba en medio, expuesto al vientecillo su rostro angelical; el poeta caminaba a su diestra, admirando los arreboles de la hermosa tarde de Octubre; y el deportista, no menos embelesado, seguía con sus ojos de un azul metálico el vuelo de las aves marinas que se remontaban en el espacio. Uno y otro guardaban silencio. ¡Silenciosos andan siempre, donde quiera que se hallen, los hombres de alma noble que vienen de hacer la felicidad de una mujer!

Mas su silencio no fué de los más largos. Súbitamente la muchacha detuvo su marcha y, llevándose una mano al pecho, exclamó llena de perplejidad:

—¿Qué veo...! ¿No es aquél el yate de don Astolfo Edwards?...

Sus acompañantes, detenidos también, miraron hacia el mar y descubrieron una nave pintada de blanco, que se hallaba surta a media milla de la playa.

—¿Astolfo Edwards?... —dijo el poeta.
—No tengo el gusto de conocerle.

—Ni yo, —afirmó el deportista. —Pero ya se adivina que el dueño de tan gracioso barco no puede ser sino un millonario.

—En efecto, lo es, —murmuró la joven, cuya palidez llegaba al colmo. —Sí: es el yate de don Astolfo Edwards, el dueño de cinco empresas petroleras.

«¡Dios mío!, —se dijo a sí misma. —Ahí llega otro de mis adoradores, tal vez el más entusiasta. ¡Ah, don Astolfo Edwards, el que me juró cariño en veinte ocasiones, el que me ofreció su fortuna y su nombre...».

Presa de inquietud infinita, se apoyó en los hombros de sus fieles amigos y pidió al cielo que la socorriese.

Repentinamente, el poeta apuntó hacia el mar informando en alta voz:

—¡Ved ahí! ¡Una lancha se acerca!

Hortensia no tardó en distinguirla.

—¡Es verdad!, —dijo. —¡Y qué temeraria rapidez emplea para deslizarse! ¡No diré que navega; vuela sobre las encrespadas y traicioneras olas!

Pasado un minuto, la lancha se detenía a tres pasos de los jóvenes, hundiendo su proa en la arena. Dos hombres traía a bordo: don Astolfo y un marinero. Aquél, vestido con la elegancia de un Lord del Almirantazgo, saltó a tierra con agilidad que no decía con sus años, y se encaminó solícito hacia la señorita Livingston.

—¡Oh Hortensia, ilusión de mis años maduros! ¡Véoos al fin, después de un año largo!... ¡Ah, bien compensan los peligros de la navegación cuando al término de la jornada se halla tan grande premio y estímulo...!

La niña fué a su encuentro y le tendió su manita.

—¡Cómo habéis llegado, señor Astolfo?... Me place teneros por acá.

—No os diré, dulce jovencita, hasta dón-

de estamos correspondidos. Viéndoos, pareceme que retorno a mis años mozos... Pero decidme ¿y estos caballeros?...

—Son dos de mis amigos. Voy a presentároslos: el señor Esteban Oteiza...; el señor Rigoberto de la Huerta... Acaban los dos de arribar de la capital.

—Astolfo W. Edwards, a las órdenes de los señores, —dijo el millonario, estrechando las manos que se le tendían.

Al punto se hizo visible su descontento. No; aquellos galanes no le hacían gracia, seguramente. Como hombre de cabellos grises, debía ver en los jóvenes de terso cutis y breve mostacho adversarios harto eficaces, aunque no declarados.

Sin embargo, dijo sin rodeos:

—Siendo ellos amigos de vuestra confianza, no habrá obstáculo para que yo os confiese mi afecto en claras palabras. Hortensia: os amo como nunca amó un hombre a una mujer.

Sin demora, el poeta y el automovilista le abordaron en terco ademán.

—Señor, —dijo Rigoberto; —aunque os

parezca violenta e intempestiva mi actitud, atrévome a recomendaros que os abstengáis de tales protestas amorosas.

—¿Qué queréis decir?, —preguntó el señor Edwards alzando su rostro severo.

—Pues quiero decir, —repuso Rigoberto, —que es falta grave hablar aquí de amores. La niña que tenéis ante vuestros ojos sufre de un escepticismo incurable, y ha resuelto no volver a amar.

—¿Es esto verdad?, —inquirió don Astolfo dirigiéndose a la joven.

Esta bajó el rostro compungido.

—Es verdad, —respondió. —No amo ya el querer; no quiero ya el amor. Si ayer suspiraba por amar, hoy sólo amo los suspiros... No me preguntéis ¡oh señor Astolfo! los motivos que me impulsan a ello.

—¿Es espantoso!, —clamó el pobre millonario. —¿No me dáis una esperanza, una pequeña esperanza?...

—Ninguna, ahora y nunca. Sólo puedo ofreceros mi amistad. La he ofrecido ya a estos impecables señores, y al aceptármela me han devuelto parte de mi alegría de

antaño. ¿No podéis vos hacer como ellos?

—¡Ni una palabra más!, —dijo el pioner del petróleo. Si en ello va vuestra alegría y vuestro contento, creed que desde hoy seré para vos un amigo y nada más que un amigo. ¡Dadme vuestra manita!

—Aquí la tenéis, —murmuró enternecida la niña.

Salvadas las dificultades, pusiéronse en marcha, cambiando las serenas sonrisas que sólo puede haber entre aquellos que han labrado la dicha de un alma sensible y atribulada.

—Ahora os pido, —dijo la señorita Livingston, —que paséis a casa a saludar a tía Narcisa. Tendrá, no lo dudo, un gran placer en veros.

—¡Oh!, —exclamaron los amigos. —¡El placer será para nosotros! ¿Acaso no ha estado bien de salud?

—Se encuentra desde ayer un tanto indispuesta; pero presumo que mañana podrá dejar el lecho sin perjuicio para sus bronquios.

—¡Respetable señora!, —comentaron a

un mismo tiempo los visitantes. —¡Es digna de todo encomio su virtud sin par!

Y mientras subían por la pendiente florida en dirección al chalet, la infortunada Hortensia se decía para sus adentros:

«¡Ah, Dios mío! Todos están gozosos, menos esta pobre criatura que soy... Ignoran el sacrificio que vengo haciendo; ignoran que mi actitud de escéptica es sólo un ardid para evitar el dolor de dos, pues si amara a uno por fuerza quedarían los otros hundidos en profunda e incurable pena. ¡Les amo, les amo locamente a los tres, y sin embargo debo fingir en su propio bien...!! Pero nadie conocerá jamás mi abnegación».

UNA ANECDOTA
DE VALPARAISO

A las once de la noche el Anglo Bar rebosaba de concurrencia: a través del humo de los cigarros veíase un verdadero muestrario de los tipos del puerto. Como siempre, el viejo figón contenía hombres de toda calaña; nosotros mismos, —el capitán Jorquera y yo, —con nuestras simples ropas de paisanos, debíamos contribuir a la variedad de la parroquia. Desde nuestra mesa, ubicada a los pies del palco de la orquesta (en Valparaíso casi no existen bares sin orquesta) veíamos reír y charlar, sin olvidarse de beber, a gentes venidas de todos los puntos, y aún oíamos por entre el rumor de las voces y los taponazos expresiones de lenguas numerosas. Había gruesos alemanes, dueños del mundo ante sus *bocks* espumantes; algún flemático inglés; criollos de gesto sencillo; y hasta un escocés derrochando lo único que derrochan los escoceses: el *whisky*.

...De repente un golpe seco, parecido al de una silla que cae sobre las tablas, hizo erguirse las cabezas y fijarse los ojos en el rincón de donde saliera.

Cerca de la puerta, topando con sus cuerpos la mesa cubierta de vasos y botellas, había dos hombres frente a frente. Uno era alto y robusto y mostraba la gorra y la camiseta comunes entre los de a bordo; el otro era un pequeño japonés vestido con humildad. El contraste era perfecto: aquél parecía un atleta con su pecho pletórico y su firme mirar; éste sugería un organismo enfermizo con sus espaldas estrechas y sus hombros mezquinos.

—¡Tramposo...! —gritó el hombronazo, expresando la decisión de asumir cualquier actitud.

Lo dijo con fuerza tal que su voz apagó todos los rumores e hizo volverse a los que aún no le miraban.

Pero este insulto, capaz de molestar a un británico y de hacer explotar a un chileno, no hizo o no pareció hacer efecto en el breve parroquiano. Su rostro, en el que se con-

fundían rasgos chinos y japoneses, permaneció inmóvil como el de una estatua. Su gesto era indefinible: no acusaba molestia ni inquietud y ni siquiera existía en él la seriedad. Y sus ojos,—enigmático distintivo de su raza,—miraban hacia un lado, insondables y fijos.

Los bebedores observaban a la pareja sin pestañear, dibujándose en sus caras esa especie de placer con que se ve llegar el desorden y la pelea. Sólo Mr. Wollen, propietario del establecimiento, permanecía grave y derecho, atento a impedir un escándalo.

—¡Ahora te falló la treta!, —dijo el marinero, y volviéndose al mesón, advirtió impotente: —Este garabato acaba de estafarme. Le anticipo que va a salir maltratado.

Mr. Wollen, que a pesar de su sangre había perdido un tanto la serenidad, estiró el pescuezo por encima de la vitrina y preguntó:

—¿Qué hay ahí?

—Este chino, —respondió el marinero, —es un delincuente que debía estar en el calabozo. Dos veces me ha invitado al bar,

y cuando hemos tomado hasta empacharnos, me avisa que va al lavatorio y se manda cambiar y no vuelve más. ¡Ahora quería hacérmela de nuevo, después de consumir por veinte pesos que ni yo ni él tenemos!

—¿Eh...? —hizo el inglés, sin disimular el tic de su mejilla.

—Apenas lo conozco, y se dice amigo mío... —agregó el vaporino. —¡Pobre diablo!... Pero le salió el tiro por la culata. Ahí lo tiene: hágalo que pague.

El dueño examinó al oriental de pies a cabeza como lo haría un investigador con un bicho raro.

—¿Qué dice usted de esto? —inquirió, clavándole sus ojazos color mar.

El japonesito no dijo una palabra ni hizo el menor movimiento.

—Hable usted, —le invitó Wollen en tono más alto.

Sólo entonces el pequeño avanzó un paso, y sin despegar su vista del suelo, respondió con una voz infantil:

—Yo no dice nada; yo callado.

—¿No dice nada?... ¿Y esta cuenta impaga?...

El otro no respondió. lo cual acabó con la calma del inglés:

—¡Mire usted: las cuentas deben pagarse! ¡Usted consume y debe pagar!

—Yo no paga, —dijo rápidamente el japonés.

—¡Aquí paga todo el mundo!

—Pero yo no paga. Cuando no tengo, no paga y no paga.

—¡Entonces usted me engaña! ¡Y yo puedo castigarle!... ¡Si usted viene a mi casa sin dinero y come lo que los otros, hace una estafa! ¡Y ya le digo: puedo castigarle!

—Yo sin trabajo; vaporino con trabajo, —explicó el pequeño. —Yo sin plata; vaporino con plata. Y yo amigo de vaporino.

—¡Nunca he sido tu amigo! —le cortó el hombronazo agitando sus manos.

—Yo amigo de vaporino y yo invitar a vaporino al resturan.

—¡Para estafarme!

—Lo invitar al resturan a tomar.

—Pero ¿quién va a pagar?, —gritó el inglés fuera de sí.

—¡Qué sé yo!, —dijo el marinero.

—Yo tampoco sabe, —declaró el japonés.

—Bueno; —dijo Wollen al fin. —Uno de los dos debe cancelar la cuenta. ¡Yo no admito demora!

—El que invita es el que paga, —respondió al punto el grandote.

—El que invitó no tiene dinero.

—Que se las arregle como le parezca.

—¡Mire: acabemos! ¡Usted debe responder, porque usted vino con él y comió y bebió lo mismo que él!

—¡No tengo un centavo! ¡Y aunque tuviera no pagaría, porque el chino me ha engañado, si señor, me ha engañado...!

Mr. Wollen se quedó en actitud pensativa.

—Está bien, —dijo de súbito. —¡Yo pediré policía!

Y salió furiosamente a la calle.

Entonces ocurrió lo que nadie podría impedir. El de la gorra soltó una imprecación y, desplazándose como un leopardo, disparó su puño a la cara del japonés. Rápidamente,

éste se echó atrás y luego, con pasmosa ligereza, tocó al enemigo en alguna parte de su cuerpo. Y el marinero, fulminado, se fué al suelo rebotando como un bulto.

—¡Jiu-jitsu...!, —gritó una voz.

Pero nadie debió oírla en medio del desorden que estallaba en la sala. Los parroquianos saltaban de sus asientos, topándose y enredándose en las mesas. Algunos se disponían a huir, temiendo quizá una refriega; otros se preparaban a ponerse de parte de la víctima. Era como si alguien, desde un rincón hubiera anunciado que una bomba iba a explotar.

El caído se puso en pie de un brinco, y rugiendo se abalanzó sobre el oriental. Pero éste, en cuyas piernas parecía que había resortes en cuenta de tendones, saltó de nuevo atrás y, cuando la manaza iba hacia él violenta como un terrón, repitió su golpe invisible. Y el otro, junto con recibirlo, se desplomaba cual un fardo que se suelta de la grúa.

Había caído de costado contra el mostrador y su cabeza azotado en las tablas. Medio aturdido, con los ojos como soñolientos, miraba aquí y allí agitando las manos.

Se incorporó con lentitud y buscó la gorra que se desprendiera a efecto del porrazo. Después fijó su vista en el nipón e hizo con los labios un chasquido siniestro.

El chico le esperaba a distancia de tres pasos. Su serenidad, verdaderamente espantosa, era más terrible que la rabia desatada del marinero. Con su pecho hundido y sus piernas siempre juntas, mirando al piso sin pestañear, parecía más bien un pobre ser que no teme nada ni piensa en nada.

—¡Eh!, —barbotó el que iba a atacarle.

Rehecho de los golpes, avanzó con paso veloz. Su tórax se veía desafiante y su cara expresaba un deseo asesino. Repentinamente saltó hacia el enemigo, y sus brazos, accionando en todo sentido, cayeron sobre éste como arietes. Se oyó el rechinar de los zapatos en el piso, y el jadeo atropellado del gigante, y por sobre todo, el rumor sordo y trágico de sus puños al chocar contra el otro. Agresivo y tremendo, pegaba en el cráneo, en los flancos, en el abdomen. No parecía sino que el oriental se encontraba impotente y que sucumbiría sin remedio

bajo los puñetazos. Acosado, retrocedió, vaciló y llegó a doblarse ligeramente. Tomaba el aspecto lamentable del que se halla indefenso, y resultaba poco a poco más bajo y más flaco ante el otro que se agigantaba. Mas de pronto, y de una manera diabólica, sus manos salieron por los lados y alcanzaron no se sabe por dónde al marinero, el cual se despegó del suelo, echó al aire sus brazos y cayó inerte sobre una silla derribada.

—¡Ahora termina!, —dijo el japonés por entre la batahola que le circundaba.

Y sin esperar a nada más, mientras algunos corríamos a auxiliar al vencido, se fué a la calle con pasitos breves y presurosos.

—¡Ahí! ¡A que sale!, —gritó en esto el inglés, que entraba por la puerta de atrás guiando a un policía.

Este corrió a través del figón blandiendo su palo. El oriental había desaparecido, y la portezuela batía irónicamente.

Entiendo que no le alcanzaron. Por mi parte, al menos, no he vuelto a verle desde entonces.

SATIRA N.º 1

Hacía cuatro horas que Pirandello se hallaba sumido entre sus papeles con un recargo enorme de trabajo, cuando la mucama se asomó por la puerta y anunció:

—Signor Luigi: le buscan ahí dos signores.

—¡Madonna!, —refunfuñó el escritor, rascándose la perilla. Dí a esos signores que he salido, o que estoy enfermo, o que acabo de morirme; cualquier cosa, pero que me dejen tranquilo. ¡Tengo un trabajo inhumano!

—¡Signor Luigi: no se podría! Están tan impacientes y parecen tan cansados... Dicen que quieren verlo ahora mismo, que es por algo tan grave...

—¡Demonios! ¡Cualquier zángano se le mete a uno y le interrumpe! ¡Que un autógrafa, que un consejo, que un reportaje!...

—Signor Luigi: óigales un minuto. Verá que son tan tristes y maltrechos... Quién sabe serán desdichados que llaman a su

buen corazón. ¡Usted es sensible, usted es bueno, signor Luigi! Oigales.

—Sea, les recibiré. Al fin y al cabo, el papel del escritor consiste en pasar malos ratos. Pídeles sus tarjetas, Giuseppina.

La mucama corrió donde los postulantes y volvió con las credenciales.

Pirandello se repanticó en su asiento y leyó sucesivamente:

Tom R. Halevy Henderson
Lesley «Chunk» Wilson

—¡Cristo!, —exclamó. —¡Ingleses! Con lo que entiendo yo de su lengua... ¿O serán yanquis? Cuando menos. ¿Y por qué no de California, de Culver City, de los estudios cinematográficos?... ¡Vaya una cosa! ¿Es que vienen a pedirme un argumento, a ofrecerme un contrato?... A ver, Giuseppina: házles pasar.

Giuseppina voló hacia el vestíbulo con aletear de polleras.

Un instante después se abrió de nuevo la puerta, y aparecieron dos tipos rechonchos,

de ojos azules y fantásticas barbas rubias. El primero movía las mandíbulas como si masticara tabaco; el otro sostenía en la diestra una pipa de espuma de mar. Traían en las manos unas gorras de suboficiales de marina.

Hicieron un gesto lacónico y avanzaron balanceándose como goletas hasta la mesa del dramaturgo.

—Aoh, Mr. Pirandello?

—Aoh, Mr. Pirandello?

—Buenas tardes, —dijo éste, lleno de sorpresa y desengaño. —¿Son ustedes los señores Henderson y Wilson?

—Aoh!

—Aoh!

—Pues bien: asiento. Y les agradeceré la mayor concisión en lo que van a decirme, porque tengo un trabajo abrumador. Calculen ustedes: debo escribir un artículo y un acto dramático para antes de la media noche.

Los barbudos dejaron sus gorras sobre la máquina de escribir, escupieron su tabaco detrás del sofá, y se sentaron en dos sillas al frente del maestro.

—Pues venimos donde usted, —comenzó el de la pipa, —a decidir una cuestión que para nosotros es trascendental, de vida o muerte. Hemos atravesado medio mundo para encontrarle. ¡De usted, de su genio dependen nuestros destinos!

—¿Por qué de mí exclusivamente?, —preguntó Pirandello perplejo. —¿Por qué de mí y no de cualquier otro hombre?

—¡Ah, Mr. Luis! ¡No es usted quien escribió «Seis personajes en busca de autor?»...

—Yo, sí; quién lo duda. Pero ¿qué tiene que ver eso con los destinos de los señores?

—Mucho, mucho, —dijo el que masticaba. —Porque usted, que es el padre único de aquella maravilla, sería también el único capaz de comprender el caso nuestro, el terrible caso nuestro, y darle solución... ¡Somos unos desdichados, unos infelices, Mr. Pirandello!

—Vamos por partes, —cortó el escritor. —Entendámonos, señores Henderson y Wilson. Soy hombre que gusta de las cosas claras y concretas. ¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde vienen ustedes?

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

—¡Es tan dramático todo lo nuestro!

—¡Es tan difícil de contarse todo lo nuestro!

—¿Dramático y difícil?... Creo que harían mejor en volver otro día. Tengo esta tarde una labor inmensa. Estoy confundido. Me arde el cerebro.

—Escúchenos usted. Piense que de ese cerebro que arde dependen nuestras vidas.

—Entonces a hablar, a decirlo todo sin demora. ¡Pronto, señores!

Los visitantes hicieron un gesto de angustia.

—Vea usted... —tartamudeó el de la cachimba. —Vea usted lo que nos sucede...
¿Pero me oirá usted con condescendencia?
¿Me lo promete usted de corazón?

—¡Bonita cachaza!, —exclamó Pirandello.
—Con un prólogo semejante demoraremos toda la noche... A juzgar por su exuberancia, no parece usted norteamericano.

—¡Aoh, yo no soy norteamericano!, —protestó el barbudo.

—¿Que no?... ¿Tampoco su compañero?

—Tampoco él.

—¿Ingleses, entonces?

—Tampoco.

—Irlandeses?

—No, no.

—¿Escoceses? ¿Suecos? ¿Noruegos?

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Qué, pues?...

—Chilenos, Mr. Luis.

El maestro, asombrado, dió un paso atrás.

—¿Chilenos, dice usted?... ¿De Chile, de la América del Sur?...

—De Chile, si. Somos marineros de Chile.

El dramaturgo los miró con la boca abierta.

—¿No bromean los señores?, —dijo al fin. —En tal caso les ruego volver a la seriedad. ¡No estoy para chistes!

—Tampoco lo estamos nosotros. Por Dios que somos de Chile. ¡Si hemos nacido allí y hemos pasado nuestra vida navegando en aguas chilenas!... Yo, su servidor, soy de Talcahuano. Lesley «Chunk» Wilson, mi acompañante, es de más al sur: es chilote, de Chiloé.

—¡Qué revelación!, —dijo Pirandello sin

disimular su profunda sorpresa. —Entonces yo estaba mal informado, pero muy mal, muy mal. . . Me habían pintado a los chilenos, y especialmente a los marineros, de una manera muy distinta. Debían ser, según esas pinturas, unos hombres de tipo corriente, regulares de cuerpo y sencillos de rostro. Y nada de barbas, nada de cachimbas. Y, sobre todo, debían tener nombres y acento españoles; en todo caso más españoles que sajones. . . ¡Eh? ¡Qué curioso! Yo estaba en la creencia de que allá la gente se llamaba Del Valle o Del Río, o Méndez, Jara, Soto. . . ¡Nunca acaba uno de aprender novedades!

—¡Maldición!, —exclamó el que masticaba. —¡Quién entiende lo que pasa en Chile! ¡Es todo un lío, Mr. Luis!

—¡Veinte mil rayos del infierno!, —rugió su compañero. ¡Todo anda allá patas para arriba, por los cuernos de Belcebú!

—¡Caramba!, —observó el escritor. —Veo que los marineros chilenos son una mezcla original. . . En su aspecto y en sus nombres parecen sajones; en cambio en su jerga se asemejan a los piratas españoles. Esas voces

de ustedes me recuerdan a los héroes de Salgari; a aquél Yáñez de Gomera, por ejemplo...

—¡Voto a Satanás!, —escupió el de la pipa. —¿No le digo a usted que en mi patria todo anda con la cabeza para abajo?

—¡Mal rayo me parta!, —bufó el otro. —Aquello es un laberinto, un puzzle. ¡Maldición!

—Caray, caray... —dijo Pirandello.—Curiosos pueblos los de América. Ese Chile, sobre todo, debe ser de los más pintorescos, con tamaña mezcla de razas. Algún día he de visitarlo... Pero nos vamos desviando de nuestro asunto, señores, y el tiempo apremia. ¿En qué íbamos?

Los barbudos se rascaron la cabeza, repitieron sus escupos y pusieron de nuevo caras de angustia.

—Mr. Luis, —suspiró uno, —ya sabe usted que somos marineros y que venimos de Talcahuano y Chiloé.

—Sí, acaban de decírmelo. Y supongo que habrá algo más, porque me parece que el sólo hecho de venir de Chile no basta

para ser tan desgraciado. ¿En qué consiste, pues, la desgracia de los signores?

—Voy a decírselo de una vez, —balbució el de la cachimba. —No me queda más remedio que decírselo de un tirón. Vea usted: nosotros queremos vivir, nosotros queremos vivir a todo trance, cueste lo que cueste!

—¿Pero no están viviendo ya?... ¡Y con qué cuerpos fortísimos!

Los visitantes hicieron un signo negativo.

—¡Ah, no, Mr. Luis! Usted no comprende. Oiga usted: nosotros no somos marineros verdaderos.

—¿Que no? ¿Serán, entonces, bromistas disfrazados?

—Ni eso, carajo. No somos hombres reales, no somos de carne y hueso como usted. Somos ficciones, somos personajes de novela.

—¡Madonna, madonna...!, —dijo el escritor, tomándole un gran interés a la cuestión. —¿De manera que son los signores personajes literarios, héroes de libros?... Ahora comprendo por qué los signores me hablaban de «Seis personajes en busca de autor»...

Se detuvo, y llevándose una mano a la frente, sumióse en una profunda meditación.

—Ma en tal caso, —dijo al fin, hondamente preocupado, —en tal caso me atrevería a poner en duda, o poco menos, la caracterización de los señores personajes... Porque, como dije, tengo referencias fidedignas de los marineros chilenos de carne y hueso, y entre ellos y los señores veo que hay un abismo. ¿A qué debo atenerme?

—En realidad, —explicó el del tabaco, —en mi patria existen dos clases diferentes de marineros: los marineros de los buques y los «lobos de mar» de los libros. Nosotros pertenecemos a la segunda clase: somos lobos de mar.

—Totalmente distintos de los verdaderos ¿no es así?

—Aoh, Mr. Pirandello.

—Así es que los marineros de los buques se llaman efectivamente Del Valle, Jara, Soto, ¿verdad?

—Aoh, Mr. Pirandello.

—Y no fuman en pipa ni mascan tabaco, eh?

—Aoh, Mr. Luis.

—Ni juran por Belcebú ni piden que un mal rayo los parta, ¿no?

—Tampoco, Mr. Luis, tampoco.

El maestro miró largamente a los personajes, estudiando su vestimenta y sus rostros. Luego adoptó una postura estirada y severa, y frunciendo el ceño inquirió:

—¿Y por qué es así? ¿Por qué crean los escritores de Chile esa especie falsa de marineros?

—Vaya uno a saberlo, —contestó «Chunk» Wilson. —Tal vez será porque esos autores no han estado nunca sobre un barco o en los puertos. Lo cierto es que nosotros y todos nuestros semejantes salimos tal como usted nos ve del cerebro de los escritores chilenos.

—¡Pero qué escritores deben ser aquéllos!, —exclamó airado el dramaturgo. —¡Cómo hay bárbaros que desconocen las costumbres de su patria, los tipos de su patria...! ¡Yo, un europeo que vivo a miles de kilómetros, que respiro otra atmósfera y que hablo otra lengua, se de Chile más que esos señores!. . . Díganme: ¿qué gente es esa que

hace libros en su tierra? ¿Son hombres sin escrúpulos? ¿Son muchachos muy jóvenes?... ¿O son las signoras las que hacen las novelas?

—Las señoras y las señoritas únicamente escriben para los concursos, que ganan siempre, —informó Tom Henderson. —Los libros de la vida marítima los escriben los hombres.

—Pero dígame: ¿esos hombres son formales, tienen amor propio y amor a su país?

—¿Quién lo sabe, por Lucifer! Son jóvenes, eso sí; jóvenes despreocupados que están al margen de todo gesto trascendental. Gente arreglada, casi siempre. Y periodistas por lo común.

—¡Periodistas...!, —gritó el maestro.

—Debieron decírmelo a tiempo. ¿Pero nadie protesta, nadie pone coto a esa atrocidad? ¿El público no se indigna? ¿Los críticos no censuran?

—El público lo acepta todo y hasta estimula. Los críticos también se muestran conformes y publican comentarios favorables.

Pirandello apretó los puños y caminó algunos pasos por la estancia. Una súbita

cólera le embargaba. Su rostro aparecía rojo y contraído; sus mandíbulas hacían como que mascaban, que trituraban algo muy duro. Se detuvo, respirando con agitación, y repasó con la vista las efigies que adornaban el despacho: Hugo, Balzac, Heine, Dostoyewsky. Serenos e imponentes, los genios le devolvían la mirada con sus ojos de mármol. El dramaturgo no podía sino admirarlos con respeto y unción. Estos hombres habían inmolidado su vida por el arte, habían quemado su energía para dar al mundo la expresión de lo justo y verdadero. ¡Fueron locos de la honradez, cultores del verismo!

Empezaba esta contemplación a devolverle la calma, a serenarle el espíritu, cuando oyó a sus espaldas la voz sajona:

—Lo que veníamos a pedirle, Mr. Pirandello...

—¡Nada!, —gritó automáticamente, volviéndose como una ardilla. —¡Nada! ¡Nada! ¡No han de pedirme una hilacha! ¡Y han de largarse ahora mismo!

—¡Oh, escuche usted!..

—¡Se largan ahora mismo! ¡Ahora! ¡Pronto! ¡Ya!

—Oiga usted; es nada más que...

—¡Al diablo! ¡Al diablo!

Y poseído por una rabia que le inyectaba los ojos, se les echó encima y les llevó hasta la puerta, hasta la escalera, hasta la calle a golpes y empujones:

—¡Al diablo los barbudos! ¡Largo de aquí los tipos absurdos! ¡En el refugio de un artista no entran los vergüenzas, las aberraciones de la imaginación...! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

LA PESADILLA DEL
CURA QUIÑONES

Cuando, tras un largo viaje, llegó el cura Quiñones a la región del Más Allá, lo que más le sorprendió fué el terrible desorden que allí reinaba. Era una cosa inaudita. De uno a otro extremo de aquellas vastedades, esto es entre cuatro límites que no pueden ni imaginarse, se movían, vociferando y escupiéndole de furor, todos los hombres que habían pasado en otro tiempo por el mundo. La humanidad fallecida era presa de una especie de locura rabiosa y bestial. Falanges y falanges de millones y millones de individuos pasaban arremolinándose y apretujándose: lanzaban miradas tremebundas, blandían los puños sobre las cabezas y elevaban al espacio blasfemias espantosas.

¿Qué diablos era aquello? El cura no podía saberlo, pues que semejante batahola no estaba en sus teologías, y por otra parte la diversidad de lenguas no le dejaba imponerse

de lo que el cardumen estaba dando a entender.

Muy desconcertado, echó a andar con el propósito de ilustrarse acerca del lío. ¡Caramba, había que entender ese enredo para saber a qué atenerse! ¡No era él, Rómulo Quiñones, hombre que fuera a estarse quieto con un enigma delante!

Pero no hacía tres pasos, cuando un ejército blanco (los fantasmas se visten de sábanas) le pasó a llevar, le arrastró por el suelo y desfiló después bárbaramente por encima de su cuerpo.

Ciego y sordo, pudo incorporarse al cabo de mucho. ¡Eh, qué molido e infeliz se sentía! ¡En menos que canta un gallo estaba hecho una compasión! Los huesos y los músculos pisoteados casi no le permitían sostenerse, y el miedo, un miedo como nunca sintió nadie, se le enroscaba en el pecho hasta ahogarle.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?, —preguntó en alta voz, palpándose los miembros.

Pero antes de que hallara la respuesta, apareció una nueva falange furiosa. Lo mis-

mo que la otra, le cogió en un santiamén y le envolvió en su carrera desenfrenada. El cura se sintió lanzado como por un cañón de artillería, después se estampó contra la tierra y por último tuvo la sensación de que un millar de elefantes pasaban al galope sobre sus costillas. Creyó percibir, al mismo tiempo, unas voces confusas que iban gritando algo así como: «¡La venganza y la muerte! ¡La venganza más atroz para ellos! ¡Queremos sus cabezas...!».

Incorporóse al fin todo deshecho, gimiendo de pavor, y anduvo una distancia sin saber hacia dónde.

Le habían puesto lamentable como un pelele. Su cara mostraba cardenales de todos tamaños; las rodillas y los codos le ardían por los rasguños; y su sábana flamante se desprendía en jirones innúmeros.

Tras una marcha fatigosa, que debió ser muy larga, se encontró a un viejo doblado y maltrecho que deambulaba sin rumbo.

—Dime, buen hombre, —comenzó el cura, —¿qué sucede por estos pagos? ¿Se ha vuelto loca esta gente?

El viejo hizo un gesto de desesperación.

—¡Ah, señor!, —suspiró. —¿No sabe usted lo que está pasando aquí en el Más Allá? ¿Tal vez acaba usted de llegar?...

—Efectivamente, —dijo el cura, —vengo recién no más del mundo de los vivos. Por eso me asombra este revolutis y trato de explicármelo.

—Señor... —lloró el viejo. —Ha pasado la cosa más tremenda. ¡Figúrese usted, mi buen señor: acaba de descubrirse que Dios no existe, ni el cielo tampoco, ni tampoco el infierno, ni nada... ¡No existe nada de lo que se nos prometió en la vida!

—¡Uy, uy!, —silbó el cura, sintiendo que algo raro le subía por las piernas. —¡No lo digas, buen hermano!..

—¡Es tan cierto!, —sollozó el otro. —Es tan cierto como que yo y usted estamos hablando, señor mío... ¡Hemos perdido todos nuestros esfuerzos por ganar la gloria eterna! ¡Nos hemos equivocado! ¡No hay nada!

—¡Nada!, —repitió el cura como un eco, y se tambaleó aturdido. —¿Y cómo lo han descubierto?

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

—¡Vaya uno a saberlo! Lo que todos conocen desde esta mañana es que aquéllo era una patraña, un espejismo. . .

—Pero yo pregunto: ¿es por ello que corren y blasfeman las turbas?

—Por ello, sí señor. ¡Podían no sentirse estafadas!

—¡Es atroz, hermano! Han pasado dos veces por encima de mi cuerpo, arrollándome por el suelo. . . Y dime: ¿por qué gritan «venganza y muerte»? . . . Les he oído gritar así.

—¡Ah, ah!, —informó el viejo. —Ignora usted, señor mío, lo que ahora pretende la humanidad. ¡Quiere desquitarse, vengarse ferozmente!

—Pero ¿contra quién, si no existe Dios?

—Pues contra los que inventaron a ese Dios: los eclesiásticos, los sacerdotes, los curas. ¡Piden sus cabezas para tirarlas por el aire! . . . Y su sed de venganza es justa, es sagrada (si es que aún vale esta palabra). Es justa, sí señor, porque los sacerdotes atemorizaron al hombre con la idea del infierno y le halagaron con la del paraíso, y con ello le quitaron el verdadero goce de la

existencia mundana. ¡No podía uno, allá en la tierra, entregarse a las francachelas por miedo al fuego eterno y por ambición a la dicha sin fin; y ahora, al término del viaje, va uno y descubre que no hay nada, nada, y que ha perdido una oportunidad preciosa, ¡la única! de pasarlo divertido.

El cura no oyó más. Dió un brinco y, espantado cual si le hubieran leído su sentencia de muerte, partió como una liebre.

«¡Horror!, —se decía, trémulo y jadeante, mientras corría. Estoy perdido; me descubrirán. ¡Van a descuartizarme, a partirme en tajadas!»

Recordó, uno por uno, a los feligreses de su parroquia, considerándoles desde ya como verdugos implacables.

«Aquel Roque Gutiérrez, con su corpazo de gigante, me estrangulará con dos dedos... Aquel Eustaquio Vallejo, radical tremendo y no menos grande que el otro, me hará papilla en un abrir y cerrar de ojos... Y el farmacéutico, que no era precisamente mi amigo... Y el abastero Cajales y el tinterillo Contreras, a los que arrojé del pueblo con

mis sermones. . . Y en fin: los avanzados que me tenían entre cejas. y los no avanzados que creían con fe ciega en mis palabras. . . ¡Ay, cómo se me echarán encima, con los dientes y las uñas! Verdad que yo estaba engañado como ellos, buenamente engañado; pero ¡quién va a explicárselos ahora, con lo serenos que se han puesto! ¡No; no tengo escapatoria! ¡Me matarán como a perro!»

Y se detuvo, sin resuello.

Mas, de pronto, apareció allí cerca, casi en sus narices, un nuevo pelotón de fantasmas que corrían con su grito de muerte y venganza.

«Estos deben ser, éstos deben ser,— pensó helado de pavor. —Vienen ya los matarifes. Mi fin se aproxima».

Miró a todas partes, buscando un refugio. Pero en aquella inmensidad no había un monte, ni un arbusto, ni un bache que pudiera ocultarlo. Sólo llanuras y llanuras hasta más allá del horizonte.

Vaciló. ¡Qué hacer, señor! ¡Huir, acaso? Era inútil. ¡Tirarse? Lo aplastarían más

luego. ¡Clamar perdón, llorar, vociferar? Nadie le creería.

De repente ¡zaz! una chispa de genio. ¡Qué oportuna y precisa! Se uniría simplemente a la falange, se metería entre sus filas, bien oculto el rostro, y gritaría lo que todos.

«Haré como ellos y me salvaré. ¡Qué importa ya claudicar, si aquello era una patraña? ¡Al cuerno la moral! ¡Abajo Kempis! ¡Me lanzo!»

Y esto diciendo, esperó a la turba y en el momento en que iba a envolverle se metió en el medio y echó a correr como si fuera de la partida.

¡Cómo corrían aquellos diablos! Cambiaban de rumbo a cada paso; viraban a la derecha, viraban a la izquierda, deshacían el camino.

—¡Muerte y venganza...!, —rugían en masa.

—¡Muerte y venganza...!, —repetía el cura a todo pulmón. —¡Ya nos las pagarán! ¡Muerte y venganza queremos para los que nos engañaron! ¡Queremos a esos para hacerlos salpicón! ¡Arre! ¡Arre! ¡Arre!

—¡Hacia el oeste!, —aconsejó una voz.—
¡En esa dirección les encontraremos!

—¡Sí, hacia el oeste!, —asintió Quiñones.
—¡Allí debe esconderse la canalla! ¡Qué duda cabe!... (Al cuerno la moral). ¡Al oeste, todos al oeste! ¡Animo, señores! ¡No hay que desfallecer...!

Y doblaron al oeste como celajes.

—¡No!, —propuso alguien. — ¡Es mejor volver hacia el norte!

—¡Lógico!, —dijo el cura. — ¡Seguro que están allí! ¡Yo pienso como usted, sí señor! ¡Créame que estamos de acuerdo! ¡Vaya si me parece usted inteligente!... ¡Al norte, todos al norte!

Y tomaron camino del norte más rápidos que el huracán.

—¡Qué norte ni qué niño muerto,—gritó un cualquiera.—Los que proponen ir allá no saben lo que dicen! ¡Es al sur adonde hay que ir! ¡Al sur! ¡Al sur!

—¡Tiene razón el amigo!, —aprobó Quiñones.— ¡Los que hablan del norte desconocen la trascendencia de nuestra misión! ¡Yo pro-

pongo lo que usted: el sur! ¡Eh, compañeros: rumbo allá!

Y salieron para el sur doblando furia y velocidad.

—¡Ni lo uno ni lo otro!, —saltó una voz de trueno.—¡Todos se equivocan! ¡Es el nor-este el verdadero rumbo! ¡Allá todos!

—¡Una verdad, una magnífica verdad!, —aplaudió el cura. —¡Hay que torcer al nor-este! ¡Ese caballero ha dado en el clavo!... ¡Ah, es usted un talento estratégico, señor! ¡Me enorgullezco de su amistad! (A pesar de su cara de salteador). ¡Sí, amigo mío; su idea es la mejor! ¡Doblen al noreste, queridos compañeros! ¡Pronto tomaremos venganza!... (Hasta aquí vamos bien. Bueno sería, de todas maneras, que estos tigres no fueran tan de prisa. Mis pobres piernas ya se doblan) ¡Conque al noreste, amables señores! ¡Animo! ¡Animo! ¡El que desfallece traiciona a la causa! ¡Arre! ¡Arre! ¡Arre!

De súbito, en lo mejor de su entusiasmo, creyó sentir en su brazo el contacto de una mano poderosa... No le concedió al hecho mayor importancia, pensando que sería al-

gún corredor que buscaba su apoyo. Pero la mano apretó más fuerte y más fuerte, como una tenaza, hasta lastimarle. Inquieto, volvió la cabeza y... se quedó con la boca tamaño. ¡Aquella mano formidable no era otra que la de Roque Gutiérrez, su enemigo peor!

«Ay, ay, ay»,—pensó tiritando.—Qué más podía durarme la buena fortuna. Este mastodonte se me echará encima con toda su fuerza y me molerá en medio minuto... Probaré, por si acaso, un recurso desesperado: la amabilidad».

Y con simpática vocecita:

—¡Hola, Roque, buen coterráneo! ¡También por aquí?... ¡Dichosos los ojos que te ven!

—¡Granuja!,—bufó el gigante.—¡Mil veces granuja!

—Calma, Gutiérrez...

—¡Cierra la tarasca! ¡Voy a darte lo que mereces!

—¡Qué gracioso y ameno estás, chico! ¡Je, je! Tengo un gusto tan grande en volver a verte...

—¡Calla, te digo! ¡Y apróntate para lo que viene! ¡Ah, me las pagarás de una vez!

—Siempre con tus chanzas, ¡ejem!... Créeme: te envidio tu predisposición al humorismo.

—¡A callar! ¡Saldaremos nuestras cuentas!... ¡¡Señores: deténganse, deténganse!! ¡¡He hecho un hallazgo!!

—¡Deténganse!

—¡Deténganse!, —corearon diez, cien, mil voces.

Rápidamente la turba se detuvo, y en medio de tremenda alharaca se apretó en torno al cura.

—¡Señores!, —comenzó Gutiérrez, enarbolando la diestra. —Este de la sábana rota que tengo agarrado por el pescuezo, es uno de los que buscamos. Es nada menos que Rómulo Quiñones, cura de Melipilla. ¡Vean si no es fresco: venía metido en nuestro grupo!

Diez mil dentaduras rechinaron; veinte mil ojos lanzaron destellos; cien mil dedos se crisparon en el aire.

El pobre cura se sentía definitivamente

cadáver. Miró en derredor como un pollo en corral ajeno y... emitió un ¡ay! lastimero. ¿Qué? Casi nada. Había descubierto, aparte de Gutiérrez, al radical Vallejo, al abastero Cajales, al tinterillo Contreras y a toda la gentuza de su pueblo. Todo Melipilla estaba ahí, rodeándole, asfixiándole, enseñándole los dientes.

—¿Conque eras de la partida, eh?, —rugió Roque.

«Aunque me parece inútil, —pensó Quiñones, —seguiré en mi actitud de hombre amable».

—Calma, amigo, —comenzó, poniendo la cara más sonriente que se ha visto jamás.— Deja explicarte. Hay novedades, por cierto. Oye Roque: actualmente yo soy un ateo convencido.

—¡Mentira! ¡Mentira!

—Escucha, camarada. Uno evoluciona, uno cambia de ideas ¿comprendes? y yo me enrolé hace unos dos años al ateísmo. De manera que... en realidad...

—¡Mientes! ¡Tengo pruebas!, —saltó el tinterillo. —¡Hasta hace quince días, cuando

el tifus me mandó para acá, todavía desempeñabas tu cargo!

—¿Así...?, —dijo Roque, apretando un poco más el pescuezo del cura.

—Bueno, —se defendió éste; —y aunque así fuera, ¿qué hay de malo en ello?... Yo estaba equivocado como ustedes y como todo el mundo.

—¡Alto! Tú no estabas equivocado como nosotros, sino que predicabas a la mala, a sabiendas de que contabas cuentos. Desde que la divinidad no existe, no podías tú sentirte su ministro.

—¡Sí, es culpable, es culpable!, —sentenciaron a sus espaldas.

—¡No tiene perdón!

—¡Démosle sin sumario!

—¡Muerte y venganza!, —gritaron los diez mil.

Y la turba furibunda echósele encima, levantando remolinos de polvo y tempestades de herejías. Los pescozones sonaban sobre Quiñones como las gotas de la lluvia sobre los tejados.

—¡Me malograste la juventud, esa edad

que no vuelve!, -- le decía Roque mientras le zurraba. —Yo quería vivir en parranda con vino y mujeres, y tú me amenazaste con el infierno y me lo echaste todo a perder. ¡Paf! ¡Paf! ¡Paf!

—Y yo, —decía otro, —quería los negocios sucios que dan buena plata, y tú me dijiste que si trabajaba con honradez me iría al cielo derecho. Viví cuarenta años en la miseria, siguiendo tus consejos, y ahora no encuentro el cielo por ninguna parte. ¡Paf! ¡Paf! ¡Paf!

—Y yo estuve loco por la mujer de un forastero, y tuve que morderme y dejarla irse por los cuentos que tú me contabas del purgatorio, y ahora no hay purgatorio. ¡Chas! ¡Chas! ¡Chas!

—Y yo andaba de punta con la mía y con la perra de mi suegra y quería molerlas a las dos, y por tus filípicas tuve que aguantarlas toda la vida hasta que morí de aburrimiento. ¡Toma! ¡Toma! ¡Y toma!

—Y yo fuí filántropo y pagué todas mis deudas y no me dejé nada para mí; expiré tranquilo pensando en el premio que me

anunciaste; y ahora toda la recompensa que me dan se reduce a una sábana. ¡Pomb! ¡Pomb! ¡Pomb!

El desdichado no era ya un fantasma, sino un bulto impreciso que salía por el aire, rebotaba contra el suelo, volvía a elevarse y de nuevo caía. Gesticulaba y pedía «¡No me maten, no quiero morir!», pero sus voces ¿quién iba a oírlas en aquel tole-tole?

¡Eh! De pronto, no se sabe por dónde, apareció una guadaña reluciente que cortaba el espacio con un zumbido siniestro. Era la guadaña implacable que de un golpe tumba un árbol.

En una de sus volteretas, precisamente cuando venía de bajada, el cura la vió cernirse sobre su cuerpo. No quiso saber de aquello y cerró los ojos. ¡Que hicieran con él lo que quisieran! ¡No había ya salvación!

Pero, pasado un instante, los abrió con terror e intentó defenderse a puntapiés, a manotazos. ¡Quizá todavía no era tarde! ¡A veces suceden cosas!... Mas, al hacerlo, no sintió las manos, ni las piernas, ni nada de su cuerpo. ¡Canastos, qué era esto! Miró per-

plejo hacia abajo, y no se encontró a sí mismo. Lo comprendió todo al momento. ¡Le habían cortado la cabeza con la guadaña; y, la cabeza, desprendida de los miembros, seguía pensando y viendo y gritando!

—¡Escucha, Roque, escucha! ¡Aún es tiempo!,... —pedía.

Pero Roque y su gente no estaban para arreglos. Su furor aumentaba por segundos.

—¡Un momento!, —ordenó el robusto.—
¡Vamos a introducir una variante, que esto empieza a aburrirme! ¡Hagan rueda, señores, y sigan mi ejemplo!

—¡Bravo! ¡Bravo!, —aplaudió la falange.

Y se desparramó hasta formar una inmensa circunferencia.

—¡Atención!,—gritó Roque. —¡Se trata de jugar una partida de pelota antes de seguir en nuestra labor reivindicadora! ¡Hay que variar! ¡El juego consiste en tirar la cabeza de uno a otro hasta dar la vuelta completa!

—¡Bravo! ¡Bravo!, —asintió frenética la turba. —¡Venga la cabeza!

Y Roque procedió a lanzar.

El cura se sintió disparado como un pájaro

vertiginoso. Llegó muy alto, cerca de las nubes, y fué a caer en las manos del abastero.

—¡Reflexiona, aún es tiempo!, --imploró al chocar con éste.

Sin oírle, el abastero lo lanzó de nuevo al espacio, encomendádoselo al tinterillo.

—¡Déjame vivir!, —rogó al caer.

El tinterillo se lo envió al farmacéutico, que estaba a dos cuadras de distancia.

--¡Basta, basta!

El farmacéutico lo arrojó contra Eustaquio el hercúleo.

—¡Recapacita, Eustaquio, amigo mío!

Pero no había perdón. Cada vez con más fuerza, iba saltando hasta las nubes y cayendo en todas las manos, en cumplimiento de la trayectoria convenida.

Furioso ya, quiso atacar a su vez, pegar, hacer afrecho al primer maldito que hallase. Pero, al buscar la postura ofensiva, se encontró de nuevo con que no tenía más que la cabeza.

Esto acabó de aterrorizarlo. ¡No tener brazos, ni piernas, ni tronco, e ir por el aire

dando tumbos, dando tumbos, a merced de diez millares de sanguinarios!

Gritó con el grito más salvaje y estridente, con el grito más feroz de todos los tiempos; y oyó, y todos debieron oír, su eco infinito repetirse cien veces, mil veces, en las más remotas lejanías.

Sólo entonces volvió a la realidad el buen padre Quiñones. Se encontró de espaldas, trémulo y sofocado, forcejeando con la almohada. En medio del cuarto estaba su sobrina, muchacha larga y seca, fea como un hombre feo, con una palmatoria en la mano.

—¡Tío Rómulo, tío Rómulo...! —decía una y otra vez, presa de un gran susto.

—¡Demonios! —murmuró el cura, cuando estuvo tranquilo.—Malditas pesadillas. Ahora resultó más larga que otras veces: no acababa nunca.

—¿Con qué soñaba? ¡Se oían los gritos hasta la otra cuadra!...

—¿Con qué? ¡Con lo de siempre!... Creo que ya es tiempo de consultar al doctor. Oye: no te olvides de recordármelo después... Y recuérdame también de buscar a Roque

ENRIQUE BUNSTER

Gutiérrez. Necesito aclarar ciertas cosas con ese señor.

Y diciendo esto, comenzó a calzarse las pantuflas, pues el reloj indicaba ya las cinco de la mañana.



TEATRO VEROSIMIL

Personajes: Doralisa, 30 años.
Nepomuceno, 50 años.

LA ACCIÓN SE DESARROLLA DENTRO DEL CEREBRO DEL GENIAL ESCRITOR N., QUIEN BUSCA UNA FORMA DE TEATRO ABSOLUTAMENTE VEROSÍMIL Y DE ACUERDO CON LA ESTRICTA REALIDAD.

Doralisa está recostada en el diván, estrujando muy nerviosa su pañuelo de seda china. Nepomuceno, algo ceñudo, se halla de pie ante ésta.

DORALISA

¿De manera que tu resolución es terminante, Nepomuceno?

NEPOMUCENO

Terminante, Doralisa. Lo he meditado largamente.

ENRIQUE BUNSTER

DORALISA

¿Luego tienes valor para dejarme? ¿Eres tan duro de corazón para abandonar a tu compañera de cuatro años?...

NEPOMUCENO

No me inculpes dureza de corazón. No soy terco ni desleal; sólo amo la libertad y a ella quiero consagrarme.

DORALISA

(Haciendo un puchero)

¿Amas a Libertad, dices?... ¡Dios mío, ahora lo comprendo! No puedes ser amante de dos mujeres, y prefieres irte con la otra.

NEPOMUCENO

(Perplejo)

¿Amante de dos mujeres?... Me harás el

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

favor de explicarte, pues no sé de qué me hablas.

DORALISA
(*Secándose una lágrima*)

Que amas a una tal Libertad, que tienes otra mujer, Nepomuceno! Tú mismo acabas de decírmelo!... (*Llora*).

NEPOMUCENO
(*Riendo*)

Pero ¿estás loca?... Me refiero a la libertad de acción, al hecho de ser libre. ¡Vaya un malentendido! Así son todas nuestras discusiones, todos nuestros altercados: por una tontería o una equivocación... ¡Ja, pero esta vez creí que hacías un chiste!

DORALISA

Buena estoy yo para chistes.

NEPOMUCENO

¿Así? ¿No eres acaso una muñeca, una

ENRIQUE BUNSTER

criatura de teatro? En el teatro, bien lo sabes, el chiste es un elemento necesario, a veces imprescindible.

DORALISA

En el teatro corriente, no lo dudo. Pero recuerda que el nuestro es un teatro verosímil, copia fiel de la realidad. Ni tú ni yo podemos salir con gracias; debemos portarnos más o menos estúpidos, como se porta todo el mundo en la vida real.

NEPOMUCENO

Por ese camino... no sé a dónde iremos a parar.

DORALISA

No se te ha pedido que opines. El señor N., de cuyo genio nacimos, ha puesto toda su fe en esta forma de teatro, y tenemos que movernos según sus deseos.

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

NEPOMUCENO

Seremos, a lo mejor, instrumentos de un fracaso, y el famoso señor N., en vez de reconocer su testarudez, renegará de nosotros.

DORALISA

Te expresas malamente de tu padre. Sabes que es hábil y generoso y que le anima el propósito más altruista. No es pequeña su empresa: ha escuchado la voz de los públicos que se quejan de la inverosimilitud y del convencionalismo de las obras literarias, y queriendo satisfacer a esos miles de seres que piden un arte lógico, nos ha creado a nosotros para realizar en seguida ese ideal.

NEPOMUCENO

No entiendo sino a medias.

DORALISA

Luego te harás cargo de todo. Es natural

ENRIQUE BUNSTER

que tu entendimiento sea todavía limitado, pues aunque tienes barba y lentes, sólo has nacido esta noche.

NEPOMUCENO

Y tú ¿cuándo naciste?

DORALISA

¡Bah! Yo tengo mis años. Nací para un drama que estuvo mucho tiempo en los cajones del señor N. y que por no sé qué motivos no se representó nunca... He vivido, pues, más que tú y cuento con alguna experiencia de las cosas.

NEPOMUCENO

¿Decías?...

DORALISA

Que los esfuerzos de nuestro creador van encaminados a un fin trascendental. Ima-

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

gínate que lograra construir su drama a base de esos elementos que se reclaman por todo el globo; que excluyera de la obra el factor tiempo, el factor casualidad, en fin todo lo artificial, lo que no sucede en el mundo de los vivos; y que su pieza apareciera como la repetición de una historia en absoluto verosímil... ¡Una maravilla, querido!

NEPOMUCENO

Algún día acabaré de comprenderlo.

DORALISA

¿Aún no?

NEPOMUCENO

Aún no. (*Pausa*). Pero hemos interrumpido nuestra comedia, y es necesario continuar. ¿En qué habíamos quedado?

ENRIQUE BUNSTER

DORALISA
(*Lloriqueando de nuevo*)

En que te ibas, Nepito; en que me dejabas...

NEPOMUCENO

¿Estás segura?

DORALISA

Segura, Nepi, segurísima.

NEPOMUCENO

Bien. Estoy resuelto a marcharme. Lo he meditado largamente.

DORALISA
(*Revolviéndose en el diván*)

¡No lo hagas, por piedad! Piensa que quedaré sola, sin guía ni ilusiones. ¡Sé humano, Nepomuceno!. . . (*Gimotea como una niña*).

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

NEPOMUCENO

(Midiendo la estancia a grandes pasos)

No valen llantos, Dora. De seguir a tu lado, la vida se me haría insoportable.

DORALISA

¡Uy, uy, es horroroso!

NEPOMUCENO

Pero debo hacerlo. ¡Me hastías, me aburres, no me ofreces ya novedad!

DORALISA

Esto me llevará a la catástrofe, al suicidio. No tendré fuerzas para resistir. ¡Y tú, sólo tú serás la causa!

NEPOMUCENO

No puedo yo responder de los actos aje-

ENRIQUE BUNSTER

nos. No soy, por lo tanto, culpable de tus locuras.

DORALISA

¡No podrá ser, no, no...!

NEPOMUCENO

Puedes ahorrarte tus gritos. Me voy porque quiero ser libre ¿lo has oído?... ¡No estoy a gusto contigo!

DORALISA

Te repito que esto me llevará al suicidio.

NEPOMUCENO

Es preferible que así sea, pues de quedarme yo aquí habría dos suicidios: el tuyo y el mío. De cualquiera de nuestros matches puede resultar la doble tragedia.

DORALISA

¡Ten piedad! Probemos a avenirnos; pon-

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

gamos algo de las dos partes para vivir en paz. Demuéstrate un espíritu bondadoso, como corresponde a un buen ingeniero...

NEPOMUCENO

Soy abogado.

DORALISA

¿Abogado? ¿De cuándo acá?... ¿No dijiste siempre que eras ingeniero?...

NEPOMUCENO

He cambiado de profesión. La de abogado me viene mejor para el drama.

DORALISA

Por Dios que no comprendo.

NEPOMUCENO

¿No lo comprendes? Pues muy sencillo:

ENRIQUE BUNSTER

que siendo abogado haré con más desenvoltura mis entradas y mis salidas por el foro.

DORALISA

¡Y dale! ¿No puedes dejar tus ocurrencias de una vez?

NEPOMUCENO

La del foro está divertidísima y puede arrancar los aplausos cuando estemos ante el auditorio. Insisto, pues, en que soy el abogado Nepomuceno.

DORALISA

Veo que no te posesionas de tu calidad de personaje verosímil.

NEPOMUCENO

¿No se me permite, entonces, decir una ingeniosidad?

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

DORALISA

Jamás. Eres un reflejo de los seres reales, y debes ser, por lo tanto, un señor lerdo y opaco al cual no se le ocurre nada. ¿Comprendes ya?

NEPOMUCENO

Poco a poco... (*Pausa*). Pero debo dejarte. Abogado o ingeniero, debo dejarte.

DORALISA

(*Cayendo a lo largo del diván*)

Esto es atroz; terrible, terrible...

NEPOMUCENO

Basta de escenas. Ustedes las mujeres hacen escenas hasta en el escenario. Conque... adiós. (*Toma su sombrero y su gabán y se dispone al mutis*). Quedas en tu casa. ¡Buena fortuna, señora! (*Comienza a caminar*).

ENRIQUE BUNSTER

Doralisa parece presa de una parálisis: se ha vuelto pálida como el papel y apenas si respira. De pronto salta y se incorpora, accionando con calor).

DORALISA

¡Nepito, Nepito...! ¡No puedes irte, ahora lo recuerdo...!

NEPOMUCENO
(*Deteniéndose*)

¿Que no puedo irme?... ¿Quién diablo me lo impide?...

DORALISA
(*Feliz*)

¡La verosimilitud, querido, la verosimilitud...! (*Le abraza y le besa en el rostro*).

NEPOMUCENO

¿Qué cosas dices? ¿Qué significa esto?...

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

DORALISA

Hombre: que no puedes marcharte porque... ¡porque se acabaría la comedia! De irte tú, ¿cómo hago yo para que esto siga adelante?... ¡No habría personajes!

NEPOMUCENO

(Tirando sus efectos sobre la mesita)

¡Magnífico obstáculo!... ¿Y qué hacemos ahora? ¡Esto es imbécil!

DORALISA

Por el contrario: es interesante y novedoso.

NEPOMUCENO

¿Y he de aguantar hasta cuándo?...
¡Debe entrar alguien sin demora: otro amante tuyo, o algún familiar, o algún criado o criada.

ENRIQUE BUNSTER

DORALISA

Imposible. Caeríamos en el teatro ordinario, lleno de coincidencias y combinaciones de relojería. Y ya te he dicho hasta el cansancio que aquí se trata de hacer algo natural, algo lógico.

NEPOMUCENO

¡Hum, hum! Nos han metido en un callejón sin salida; porque entiendo que entre los seres de carne y hueso estos líos de amantes van con una lentitud insufrible.

DORALISA

Es verdad. Todo sucede despacito, de la manera más monótona. El se va; ella queda llorando; luego se seca las lágrimas y se limpia las manchas de la pintura; da alguna patada contra el suelo y por fin se echa a la cama y duerme tres horas.

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

NEPOMUCENO

¡Házme patria! ¿Y no aparece nadie, algún vecino o vecina?...

DORALISA

Nadie, nadie. Transcurren horas, días, ¡semanas! sin que alma viviente le diga una palabra.

NEPOMUCENO

¡Linda estupidez la realidad! ¡Qué falta de nervio! Pero ¿y eso es lo que tanto seduce al señor N.?

DORALISA

Justamente. Quiere escribir el drama de un amor como todos los amores.

NEPOMUCENO

¡Rico dramaturgo! Creo que estaría bien como fabricante de pildoritas para el sueño.

DORALISA

Los comentarios no hacen falta. Nuestra pieza debe continuar.

NEPOMUCENO

Muy de acuerdo. Me voy. Anda tú a dar tus patadas y a dormir tus tres horas.

DORALISA

Eso no. Debemos buscar un recurso más entretenido para los espectadores.

NEPOMUCENO

No lo encontraremos. ¡Basta ya de discusiones! El único desenlace está en que yo me mande mudar.

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

DORALISA

¿Pero cómo producir el desenlace en la primera escena cuando la obra consta de tres o cuatro actos?... Reflexiona.

NEPOMUCENO

¡Basta, he dicho! ¿No ves que esto no da para más? ¿No comprendes que la tal realidad y la tal lógica no sirven para nada interesante?... ¿O pretendes que las tres horas las duerma también el auditorio?... ¡Basta, basta, por favor! ¡Me siento mal, me concluyo!

DORALISA

Y yo, y yo... Ahora, de repente, comienzo también a ponerme mala. (*Se lleva las manos al pecho y hace extraños movimientos*). Siento que me falta el aire, como si respirase en el vacío o como si... ¡ah, ah, Nepi!

ENRIQUE BUNSTER

NEPOMUCENO

¿También tú (*Da dos pasos en falso*)
también tú, Doralisa?

DORALISA

Ya puedes verme.

NEPOMUCENO

¡Sabe Dios qué nos está pasando! Lo mismo que tú, siento que se me oprime el pecho como si un gran peso me lo aplastase...
¿Estoy pálido?

DORALISA

Más que pálido, lívido. ¿Y yo?

NEPOMUCENO

Pobre amiga: más blanca que la luna...
Dime: ¿no hay medicina para esto? ¿nada puede atenuar este malestar?

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

DORALISA
(*Con el resuello fatigoso*)

Si sólo fuera malestar no faltaría un remedio; pero esto ¡ay Nepi! me parece que es la muerte, y contra ella no se ha inventado nada.

NEPOMUCENO
(*Patético*)

¡La muerte...! ¡Tú divagas, o qué?

DORALISA

Es la muerte, no lo dudes.

NEPOMUCENO

¡Mujer! ¿Es posible que yo muera cuando recién entraba en la vida?... ¡Pensarlo es ya horrible y monstruoso!

DORALISA

No lo es tanto. En el mundo de la fantasía

ENRIQUE BUNSTER

existen también los abortos más lamentables. Mira, esta es la verdad: nuestro padre ha abortado.

NEPOMUCENO

¡Catástrofe y cataclismo!

DORALISA

Te digo que nuestro padre ha abortado, esto es, que ha dado vida a unas criaturas que no podrían después subsistir.

NEPOMUCENO

¿Por qué no habíamos de subsistir?

DORALISA

Porque el teatro verosímil resulta un fracaso desde la primera de sus escenas y, en consecuencia, sus personajes no tienen razón de ser. Tú y yo estamos de más y debemos volver a la nada.

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

NEPOMUCENO
(*Congestionado y terrible*)

¡Volver a la nada...! ¡Gran delincuente el que nos engendró para matarnos! ¡Asesino! ¡Mentecato!

DORALISA

Guarda tus blasfemias y perdónale. Está limpio de toda falta. Al darnos vida pensó hacer de nosotros dos creaciones perfectas. Si después no tuvo savia con que nutrirnos ¡qué culpa tenía el buen padre!... Quizá ahora sufra tanto como nosotros.

NEPOMUCENO

Para no sufrir le bastaría con no matarnos. (*Se tambalea*). ¡Ah! ¡oh! esto vuelve, esto vuelve. De nuevo me quedo sin resuello y me ahogo ¡ay! me ahogo... (*Coge el sombrero y se abanica con desesperación*). ¡Gran Dios, ni aún así me hago aire! ¡Pero es que en realidad... estamos... en el vacío? ¡Se

ENRIQUE BUNSTER

agota... se agota aquí el oxígeno?... (*Tira el sombrero, alza los puños y da puntapiés contra el piso*). No puedo ¡no puedo! (*Se apoya con dificultad en el borde de la mesita*).

DORALISA

Tampoco puedo yo. No me hago ilusiones, querido. (*Se echa atrás, medio asfixiada, abanicándose débilmente*), Todo es inútil, inútil.

NEPOMUCENO

¡Asesino sin ley! ¡Quisiera yo tener mis fuerzas para extrangularle así, así...! (*Crispa las manos y brinca enloquecido*). ¡Me muero! ¡Me muero!... ¡Maldito el cerebro que me parió defectuoso! (*Da un traspies y cae de bruces junto al diván, agitado por espantosas convulsiones*). Me muero. Adiós, Dorita. (*Agoniza*).

DORALISA

(*Con los ojos cerrados y la voz quebrada*).

Adiós, Nepi... Pero qué digo, si yo tam-

LA PRIMERA NOCHE GALANTE

bién... me voy. Nos vamos los dos, para no separarnos nunca. Nos vamos juntos, pobres muñecos para quienes la atmósfera humana es irrespirable. (*Pausa penosa*). Vámonos, vámonos, querido... (*Cae muerta, alcanzando con sus manos la diestra de Nepomuceno*).

EL ESCENARIO TIEMBLA DE EXTREMO A EXTREMO. UNO DE LOS BASTIDORES VACILA, CRUJE Y COMIENZA A INCLINARSE; DE PASO ENREDA AL DE AL LADO, DESPUÉS AL TELÓN DEL FORO, AL DEL LADO CONTRARIO Y, POR ÚLTIMO, A LA ARAÑA DE LA LÁMPARA; Y, TODO JUNTO, CON ESTRUENDO DE TABLAS QUE SE QUIEBRAN, DE TELAS QUE SE RASGAN Y DE AMPOLLETAS QUE REVIENTAN, DERRÚMBASE SOBRE LOS CADÁVERES, QUE DESAPARECEN BAJO LOS ESCOMBROS.

F I N

Santiago y Valparaíso, 1931-33.





INDICE

	<u>Págs.</u>
La primera noche galante.....	7
Una pareja sugestiva.....	27
El noble sacrificio de Hortensia Livingston.....	37
Una anécdota de Valparaíso.....	55
Sátira N.º 1.....	67
La pesadilla del cura Quiñones.....	83
Teatro verosímil.....	105

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL
